



El teatro también se lee

Leer teatro es leer la vida

Román Álvarez

Ya decía Michel Foucault que las palabras vagan a la aventura y que duermen entre las hojas de los libros en medio del polvo. Ángel Gabilondo, antes de meterse a ministro, sostenía en uno de sus ensayos filosóficos que hay que saber liberar en cada palabra todas sus posibilidades de vida, de espacio y de recreación. Las palabras no se agotan en espacios inertes. Ahora las palabras, cuando están escritas, aletean trémulas en el espacio blanquinegro de la hoja impresa al ritmo implacable del cursor. Vivimos en unos azarosos tiempos en los que el ser humano ha delegado en la televisión la capacidad de imaginar y en el ordenador la capacidad de pensar. Quienes nos dedicamos a la enseñanza nos preguntamos con frecuencia cuánto leen nuestros estudiantes y evocamos con cierta nostalgia la escuela en la que había un armario con libros, coronado por un globo terráqueo en el que no acabábamos de ver claro aquello de que la Tierra estaba achatada por los polos. Ese armario vetusto y desportillado era el depositario de nuestros anhelos cuando una vez a la semana el maestro nos premiaba con la llamada «lectura libre»: cada alumno elegía un libro y en él se enfrascaba durante un tiempo que siempre se antojaba corto. Esas lecturas, espejo de azogue de nuestras porfías cotidianas, nos redimían en buena medida de la caverna helada de la ignorancia y colmaban las ansias por vislumbrar otras realidades distintas de las plasmadas en la enciclopedia.

Con el paso del tiempo uno se da cuenta de que el verbo leer no admite formas de imperativo por mucho que lo conjugemos. No sabría decir si en la actualidad se lee más teatro o más poesía. A juzgar por los espacios que las librerías dedican a estos géneros, yo diría que ninguno de los dos despierta irrefrenables pasiones lectoras. Sin embargo, creo que la lectura de textos teatrales es sumamente enriquecedora y gratificante. Es verdad que el espectáculo teatral requiere muchos elementos expresivos y que incluso puede prescindir

del texto. Pero la lectura serena y saboreada de una obra de teatro despierta un sinfín de evocaciones, excita la imaginación, nos hace crear mundos a nuestro antojo. Hacemos que los personajes actúen, se vistan, se muevan y gesticulen a capricho. Leer teatro es leer la vida. ¿No nos dice nada el hecho de que una de las más grandes figuras de la literatura universal haya sido, precisamente, un dramaturgo?

En la primera mitad de los setenta eran frecuentes las «representaciones» de teatro leído en los colegios mayores y residencias universitarias, y aunque pudiera parecer que tenían un tufillo «colegial», lo cierto es que gracias a esas lecturas muchos descubrimos una literatura novedosa. En esas veladas —para las que se reclutaban actores de residencias masculinas y femeninas— era inevitable *La venganza de Don Mendo*, con mayor o menor énfasis declamatorio, con más o menos afortunada dicción, pero también abrimos los ojos al teatro social, al compromiso ético, político y moral de Antonio Buero Vallejo, Lauro Olmo o José María Rodríguez Méndez. Y de la mano de estos dramaturgos fuimos atisbando una realidad política que hasta entonces se nos había hurtado.

Ahora mis alumnos tienen como lecturas obligatorias, de las que han de dar cuenta en el examen, *Hamlet*, *El sueño de una noche de verano* y *La tempestad*, ejemplos shakespearianos de tragedia, comedia y romance. Y puedo asegurar que las leen. Shakespeare sigue teniendo adeptos. Sus lectores aprecian el valor estético de unos textos en los que juega como nadie con el lenguaje, con los grandes misterios del ser humano, con sus grandezas y miserias. El teatro, tanto en la época isabelina como ahora, se escribe para ser representado. Pero su lectura es balsámica y se asemeja a la resurrección de Lázaro: levanta la losa de las palabras y desvela los arcanos de ese magma incandescente que es la existencia del ser humano y su azacaneado deambular por este gran escenario que es el mundo. ■